

EL MARXISMO EN LOS DOCUMENTOS PONTIFICIOS

EDUARDO J. ORTIZ

Para muchas personas sincera y profundamente cristianas el problema de las relaciones entre marxismo y cristianismo ya está zanjado de antemano. No hay compatibilidad posible entre los dos, ya que así lo afirman repetidamente los Sumos Pontífices a lo largo de la historia. Por otra parte, los grupos conservadores más activos se afanan por difundir, con finalidades políticas muy precisas, las numerosas condenaciones explícitas, y a veces virulentas, del marxismo por parte del Magisterio eclesiástico. Así por ejemplo la Sociedad Venezolana de Defensa de la Tradición, Familia y Propiedad podrá hablar de "la gran barrera doctrinaria contra el avance comunista levantada desde Pío IX hasta nuestros días por los Pontífices Romanos, que consiste precisamente en esa certeza firme que subsiste en incontables almas, según la cual no es lícito a los católicos adherir a los principios de la secta roja" (1).

Este artículo no pretende negar, mutilar ni minimizar el peso cualitativo y numérico de tales declaraciones. Desea únicamente colocarlas en su contexto histórico. Presentarlas como expresión de una etapa en el pensamiento de la Iglesia, que si ha sido muy definido no tiene por qué ser definitivo. Algunas indicaciones sobre la evolución de la doctrina eclesiástica en éste y otros asuntos socio-políticos podrá ayudar a no absolutizar lo que por su misma naturaleza está sujeto al tiempo.

HACIA EL DIALOGO

Recogiendo el título de una de las obras de R. Garaudy, se puede decir que la actitud de la Iglesia ante el Marxismo ha pasado en los últimos años "del anatema al diálogo". Veamos primero el hecho para apuntar más tarde sus razones.

No es ésta la ocasión de recoger una antología de las condenaciones más explícitas del marxismo por parte de los Sumos Pontífices (2). Podemos recordar como especialmente significativa la Encíclica *Divini Redemptoris* del Papa Pío XI acerca del comunismo ateo (19.3.1937): "Procurad, Venerables Hermanos, que los fieles no se dejen engañar. El comunismo es intrínsecamente perverso y no se puede admitir en ningún campo la colaboración con él de parte de los que quieren salvar la civilización cristiana" (3).

Sin embargo, algunos años más tarde Pablo VI emitiría un parecer mucho más matizado: "Hoy día, los cristianos se sienten atraídos por las corrientes socialistas y sus diversas evoluciones. Ellos tratan de reconocer allí un cierto número de aspiraciones que llevan dentro de sí mismos en nombre de su fe ... Se impone un atento discernimiento. Con demasiada frecuencia los cristianos, atraídos por el socialismo, tienen la tendencia a idealizarlo en términos por otra parte muy generosos: voluntad de justicia, de solidaridad y de igualdad ... Entre los diversos niveles de expresión del socialismo ... hay que establecer distinciones que guiarán las opciones concretas ... Esta perspicacia permitirá a los cristianos considerar el grado de compromiso posible" (4).

Desde la negación de cualquier campo de colaboración a la afirmación de que existen grados de compromiso posible han pasado veinticuatro años. Los más extremados considerarán esta evolución como traición o como cínica readaptación táctica a un nuevo equilibrio de fuerzas en el mundo. Parecería más correcto atribuir la diferencia al camino recorrido mientras tanto por el comunismo y por la Iglesia. Al fin y al cabo el Magisterio eclesiástico no recibe revelaciones especiales que le señalen en exclusividad los caminos a seguir, sino que aprende a discernir en la historia las acciones de Dios y las consecuencias del pecado. Como todos los humanos, madura a partir de la experiencia.

Por parte del comunismo ha habido en los últimos años una evidente evolución que lo presenta menos agresivo tanto en el terreno teórico como en el práctico. La mayoría juzgará que esta evolución es todavía insuficiente. Muchos elucubrarán también sobre sus motivos ocultos. Pero el hecho parece admitido aun por los enemigos más encarnizados del marxismo.

También la Iglesia ha evolucionado. En primer lugar hay una apertura general al diálogo con otras corrientes. Creemos que esto se debe a una percepción más rica de la acción de Dios entre los hombres. De seguir manteniendo que la iglesia es el único lugar de salvación, habría sido necesario concluir que la mayoría de la humanidad —en proporción creciente conforme pasan los años— estaba siendo abandonada por ese Dios al que se predica como

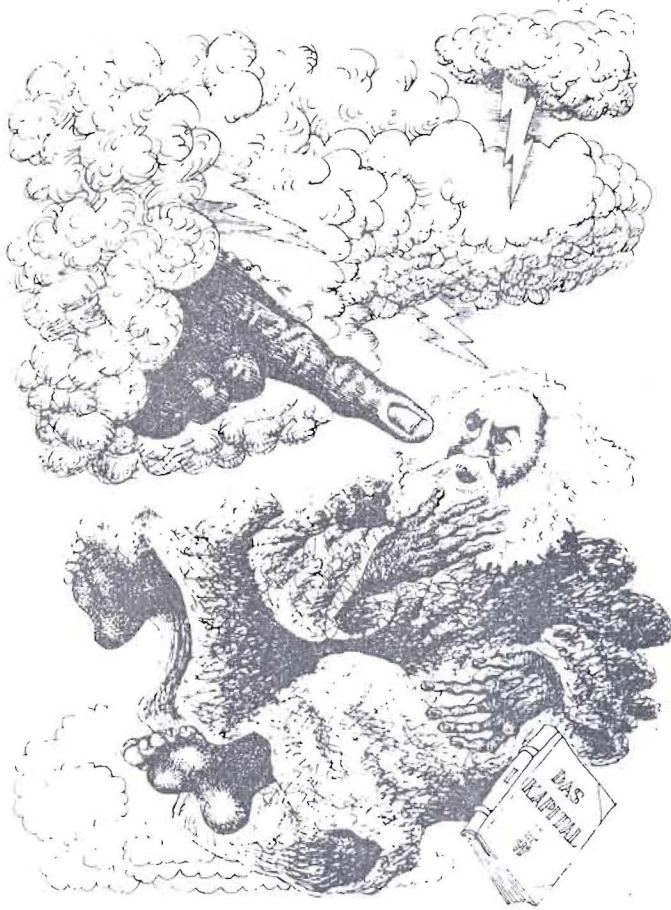
bueno y como padre universal. Por un proceso preñado de resistencia —semejante al que hizo a los primeros cristianos reconocer que Jesús no era sólo el Mesías de los judíos sino también el de los gentiles— se ha terminado por aceptar "cuanto de verdad y de gracia se encontraba ya entre las naciones, como por una cuasi-secreta presencia de Dios ... cuanto de bueno se halla sembrado en el corazón y en la mente de los hombres" (5). Ahora se admite con una sinceridad renovada que también hay cizaña en el propio campo, y existe trigo igualmente en el campo del adversario.

Este cambio de mentalidad ha salido fuera en el Concilio Vaticano II, pero llevaba años madurando en multitud de cristianos tenidos en un principio por indóciles y reconocidos más tarde como guías. Ya que no hay que olvidar que "los pensadores que resistieron a la enseñanza oficial en el período preconiliar son los principales precursores del Vaticano II" (6).

Otro motivo de la evolución del pensamiento del Magisterio respecto al marxismo se encuentra en un mayor conocimiento de aquello que se está analizando. Las primeras condenaciones hablaban ante todo de prácticas concretas. Hoy se habla más de teorías. Al principio marxismo significaba las persecuciones religiosas en diferentes países; hoy se trata de ser más científico en separar la teoría de las prácticas a que ésta da lugar. Después de todo, la misma Iglesia que se considera tan perfecta en sus principios ha desencadenado más de una vez guerras, persecuciones y opresiones en nombre y defensa de esos mismos principios. Nosotros, como ellos, hemos pasado por nuestras épocas de estalinismo.

Es significativo en este sentido que los primeros documentos hablan de comunismo mientras que los actuales hablan de marxismo o socialismo: tres corrientes íntimamente ligadas entre sí, pero no idénticas.

De manera semejante, Pablo VI distingue también dentro del socialismo tres niveles distintos: "una aspiración generosa y una búsqueda de una sociedad más justa, los movimientos históricos que tienen una organización y un fin político, una ideología que pretende dar una visión



total y autónoma del hombre" (7).

En todo caso, no pretendemos decir que la posición del Magisterio haya cambiado radicalmente en los últimos años. Aún en los documentos más recientes el tono general es de cautela, y aun de disuasión (8). El momento actual de la política italiana, donde el partido comunista aparece como un posible sucesor de la democracia cristiana en el gobierno, tiñe de nuevo a las declaraciones Vaticanas de un tono muy peculiar, con unas implicaciones concretas muy definidas, que no es fácil captar a miles de kilómetros. De ahí también la necesidad de leer las declaraciones últimas en su contexto.

Pero no es nuestro intento apoyarnos en el estado presente de la cuestión para sacar de ahí conclusiones para el futuro. Lo que más bien se pretende es tratar de señalar hacia dónde podría ir la evolución del Magisterio en los años venideros. Este análisis es necesario en todo cristiano, ya que como hemos dicho antes los documentos oficiales no preceden a la historia sino que la siguen. Tomarlos como la palabra más avanzada supondría quedarse siempre atrás y mutilar la dinámica de una Iglesia compuesta de miembros diferentes en la que cada uno tiene su propia misión. Y si es verdad que no se puede discurrir con los pies, es igualmente cierto que tampoco se puede andar de ca-

beza.

Con todo, antes de terminar esta primera parte quisiera señalar que los documentos de los Pontífices no son la única voz oficial cristiana. Los cristianos no católicos reunidos en el Consejo Ecuménico de las Iglesias han tenido siempre ante el fenómeno del marxismo una posición mucho más matizada y abierta. Ya su primera Asamblea General celebrada en Amsterdam (1948) invitaba a los cristianos a "reconocer la mano de Dios en la rebelión de las masas contra la injusticia que da al comunismo gran parte de su fuerza" (9). En la última Asamblea, tenida en 1975 en Nairobi, se fue aún más explícito: "Las Iglesias están llamadas a dar testimonio en un mundo dividido y no pueden permanecer neutrales en la lucha por la justicia ... El diálogo con los marxistas ha tenido lugar no sólo a nivel teórico sino aún más en cuestiones prácticas. Esto se ha hecho posible porque mientras el ateísmo es contrario a la fe cristiana, éste es sólo una parte de la ideología marxista" (10).

Pero los temores y recelos mutuos están aún bien despiertos en uno y otro campo.

EL FUTURO

No hace falta ser un adivino o un especialista en ciencia-ficción para señalar

someramente la probable evolución del Magisterio eclesiástico con respecto al socialismo. Existen en su pasado suficientes elementos como para trazar ciertas constantes que caracterizan su postura ante los cambios socio-políticos.

Como toda gran institución, la Iglesia ha sido siempre extraordinariamente reacia a los cambios históricos. En esto continúa la corriente del Judaísmo, en cuya cultura nació. Ya en el Antiguo Testamento aparece la aversión de los primeros profetas al establecimiento de la monarquía en Israel. Políticamente la evolución era inevitable (estamos en el s.XI antes de Cristo). Los países necesitaban un fuerte poder central para no sucumbir ante la organización guerrera de sus adversarios. Fiarse, como hasta entonces, de líderes guerreros carismáticos aclamados como jefes en un momento de extremo peligro nacional, hacía que la reacción fuese siempre peligrosamente dispersa y tardía. Sin embargo aparece Dios diciendo a Samuel: "Hazles caso y nómbrales un rey. No te rechazan a ti sino a mí; no me quieren por rey" (1 Samuel 8.7,22). Lo cual no obsta para que años más tarde, cuando se perciben al fin las ventajas económicas de unos años de poder central, aparezca Dios mismo diciendo a uno de los reyes de Israel: "Siéntate a mi derecha que voy a hacer de tus enemigos estrado de tus pies" (Salmo 110).

La Iglesia ha conservado a lo largo de la historia esta flexibilidad o versatilidad de sus antepasados judíos para adaptarse a las nuevas circunstancias. En el pasado más reciente no es fácil olvidar las condenaciones tajantes y repetidas del sistema capitalista y liberal que ahora se acepta como inevitable, y con el que no raras veces se establece una alianza para alejar la amenaza del socialismo.

Los documentos oficiales católicos rechazan con igual fuerza a los que hacen la corte a Marx que a los que se la hacen a Adam Smith. Aunque hoy normalmente sólo se insiste en lo primero. "Gregorio XVI en la *Mirari vos* (1832), Pío IX en el *Syllabus* (1864), León XIII (sobre todo) en *Libertas Praestantissimum* (1888) y Pío X en *Lamentabili* (1907) condenaron el liberalismo como intento de la sociedad burguesa de liberarse de la autoridad de Dios encarnada en la Iglesia. El desarrollo de los acontecimientos ha obligado inaplazablemente a las autoridades eclesiásticas a reflexionar de nuevo sobre el hecho de que su verdadera misión no radica específicamente en una dirección doctrinal de la sociedad, ya dentro ya fuera de la Iglesia" (11). Es el *Syllabus* el que culmina con la nunca suficientemente ponderada condenación de quienes afirman que "el Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el pro-

greso, el liberalismo y la civilización moderna". Los que defendían ese elemental principio de sentido común estaban, por lo tanto, fuera del sentir oficial de la Iglesia.

No se puede negar por otra parte que el Liberalismo incipiente fue mucho más agresivo contra la religión y la Iglesia que el actual, lo cual explica en parte el cambio de postura. Pero hay que reconocer igualmente que el anticlericalismo rabioso de casi todos los movimientos renovadores en la historia se ha debido al no menos fanático tradicionalismo de las organizaciones cristianas más activas, y por supuesto, de sus dirigentes y autoridades. A menudo se ha atacado a los representantes de la religión porque se ha juzgado que éstos manipulaban la fe de la gente para obtener unos fines políticos determinados. Así Bolívar pudo distinguir en 1812 entre la "santidad del ministerio" eclesiástico y el "abuso sacrílego" que de él se hacía: "La influencia eclesiástica tuvo después del terremoto una parte muy considerable en la sublevación de los lugares y ciudades subalternas, y en la introducción de los enemigos en el país: abusando sacrílegamente de la santidad de su ministerio en favor de los promotores de la guerra civil" (12).

Hoy la situación se ha modificado substancialmente. La casi totalidad de los países en los que la Iglesia goza de libertad se rigen políticamente por el sistema liberal y económicamente por el capitalismo. Por eso el juicio global que sobre ellos se hace la Iglesia ha sido transformado. Se condenan sus abusos pero ya no se los condena como intrínsecamente perversos porque no hay con qué sustituirlos. El antiguo régimen monárquico, que era la alternativa real en el tiempo de las primeras condenaciones del liberalismo, ha desaparecido: prácticamente en nuestros días. La otra alternativa histórica sería hoy el socialismo. Se prefiere por eso pactar con el antiguo enemigo como un mal menor.

Por eso las condenas del capitalismo a nivel teórico, que aún siguen vigentes en las últimas encíclicas sociales (13), no impiden que en la práctica los principales usufructuarios de ese sistema sean considerados como los más importantes bienhechores de la Iglesia.

La dirección, pues, de la futura evolución de la Iglesia presenta pocas dudas. Se acabará por transigir con el socialismo. Ya en nuestros días las circunstancias han hecho que Monseñor Casaroli sea el encargado de la Ostpolitik del Vaticano, y que Pablo VI dé todos los años la mano al alcalde comunista de Roma a los pies del monumento a la Inmaculada erigido por Pío IX. El problema no está en la dirección, sino en el ritmo. ¿Será admitido el

socialismo, como ha ocurrido con el capitalismo, sólo cuando ya éste sea un sistema político caduco, en peligro de desaparecer ante los embates de movimientos políticos más renovadores? Impresiona en este sentido por lo acertada la constatación del Cardenal Koenig, Arzobispo de Viena: "LA IGLESIA COMBATE CON SUS ENEMIGOS DE AYER CONTRA SUS AMIGOS DE MAÑANA" (14).

CAPTACION DINAMICA

Si el evangelio tiene que ver con el cambio de estructuras en búsqueda de una sociedad cualitativamente distinta, no es posible pasar por alto la atenta consideración de todos los sistemas que propugnan este cambio. Como diría el Superior General de los Jesuitas, Pedro Arrupe, en el último Sínodo celebrado en Roma, "la catequesis no puede hacer caso omiso del marxismo, especialmente en unos tiempos en que, con toda razón, incluye la dimensión política de la vida y obligaciones del cristiano... Es imposible ignorar el marxismo y, a partir de cierto nivel de desarrollo intelectual, no es posible dejar de referirse a él expresamente. El silencio significaría que la catequesis cristiana no es capaz de tomar posición ante una de las más importantes opciones que hoy se ofrecen a los hombres" (15).

El tenerlo en cuenta no significa necesariamente que se adopte una postura de apoyo incondicional, pero excluye ciertamente el rechazo absoluto.

Las llamadas de atención del Magisterio sobre los peligros de identificar al cristianismo con la opción marxista, o de aceptar ingenuamente y en sus modalidades más clásicas un sistema que actualmente pasa también por un profundo proceso de revisión, son muy de tener en cuenta. Pero hay que decir igualmente que estas llamadas de atención son mucho

más explícitas al señalar peligros que al reconocer valores. Por tanto no se puede tomar como orientación positiva lo que por su misma esencia tiende a advertir negativamente de los posibles excesos. Las señales preventivas de tráfico sirven para alertar, pero no para encaminar.

Habría que añadir además que los peligros de una encarnación política de la fe —tanto en el marxismo como en cualquier otro sistema histórico— por una parte son inevitables si se quiere vivir sobre esta tierra y participar en su construcción, y por otra sólo se podrán conocer y soslayar adentrándose en el proceso.

Algunos de los peligros e incompatibilidades señaladas por los documentos oficiales de la Iglesia parecen desmentidos por la práctica. Se podrá elucubrar eternamente a nivel teórico si el análisis marxista lleva inevitablemente a adoptar una filosofía de la vida crasamente materialista y atea. La práctica de innumerables cristianos dice sin embargo, después de hacer la experiencia, que esto no es así (16).

Por fin, el breve análisis que antecede nos debería hacer pensar que el respeto a la voz de la Iglesia supone una captación dinámica de su proceso, y no sólo una obediencia estática a lo que en cada momento se formula como definitivo. La fidelidad a la trayectoria de un grupo exige valorar su pasado y tratar de adelantarse a su futuro.

En el fondo laten aquí dos conceptos distintos de verdad. Para nosotros la verdad no es algo que se posee de antemano, sino una plenitud que nos antecede y en cuya búsqueda nunca dejamos de caminar. Pero para saber en cada encrucijada de la vida qué alternativa tomar, es necesario haber optado previamente por un camino y haberse puesto a recorrerlo.

- (1) Llamado a Monseñor Ovidio Pérez Morales — 13.X.1977
- (2) Quién esté interesado en este aspecto puede consultar alguna de las colecciones de Encíclicas que cuenten con un buen índice de materias. Por ejemplo la serie publicada por la B.A.C. bajo el título de *Doctrina Pontificia*, sobre todo los nn. 174 y 178 que contienen los *Documentos políticos y sociales*.
- (3) n.25. Un comentario actual a esta encíclica en A.GAETE: *Los cristianos y el marxismo: de Pío IX a Pablo VI*. En *Mensaje*, junio 1972.
- (4) *Octogesima Adveniens* n.31
- (5) CONCILIO VATICANO II: *Decreto sobre Misiones* n.9.
- (6) A.DULLES: *Obispos y teólogos*. En SIC vol 40 (1977) pp.244—247
- (7) *Octogesima Adveniens* n.31
- (8) *Octogésima Adveniens* nn. 31-34 y las constantes declaraciones episcopales de las que da buena cuenta la prensa diaria o las revistas especializadas.
- (9) *Man's disorder and God's design* — Harper & Bros, 1948, p.78
- (10) Sobre el lugar y el contexto de esta afirmación. E. J. Ortiz: *Protestantismo y Liberación*. En SIC vol. 40 (1977) pp. 20-22
- (11) K. HECKER: *Liberalismo y teología liberal*. Artículo de SACRAMENTUM MUNDI. Enciclopedia teológica.
- (12) *Manifiesto de Cartagena*
- (13) *Populorum progressio* n.26; *Octogesima Adveniens* nn.35-36
- (14) Citado por A.BONASSO: *El magisterio eclesiástico: del anatema al diálogo* En *Perspectivas de Diálogo*, noviembre 1971
- (15) Comunicación presentada por escrito en la Secretaría General del Sínodo 16.X.77. En *Vida Nueva* nn. 1103-1104 p.53
- (16) Por ejemplo O.MADURO: *Marxismo y religión*, Monte Avila 1977. Véase SIC vol (1977) pp.368-369.